

Efthimía Pandís Pavlakis
Haralambos Symeonidis - Dimitrios Drosos
Anthí Papageorgíou
(eds.)

ESTUDIOS Y HOMENAJES
HISPANOAMERICANOS

III

Ediciones del Orto

Comité Científico:

Riccardo Campa (Universidad de Siena)
Rodolfo Cardona (Boston University)
Eugenio Chang-Rodríguez (CUNY-Graduate Center)
Carlos Alberto Crida Álvarez (Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas)
Dimitrios L. Drosos (Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas)
Ilian Ilinca (Universidad de Timisvara)
Fidel López Criado (Universidad de la Coruña)
Alfonso Martínez Díez (Universidad Complutense de Madrid)
Slobodan S. Pajović (Universidad de Megatrend)
Efthimía Pandís Pavlakis (Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas)
Anthí Papageorgíou (Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas)
Liliana Weinberg (Universidad Nacional Autónoma de México)
Tony N. Zahareas (University of Minnesota)

Edición 2015

Ediciones Clásicas S.A. garantiza un riguroso proceso de selección y evaluación de los trabajos que publica

Este libro ha sido subvencionado parcialmente por el Consejo de Investigación de la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas.

© Efthimía Pandís Pavlakis
© Haralambos Symeonidis
© Dimitrios Drosos
© Anthí Papageorgíou
© Alfonso Martínez Díez, *Editor & Publisher*
© Ediciones Clásicas, S.A.
c/ San Máximo, 31, 4º 8
Edificio 2000
28041 Madrid
Tlfs.: 91-5003174 / 91-5003270
Fax: 91-5003185. E-mail: ediclas@arrakis.es
www.edicionesclasicas.com

ISBN: 84-7923-527-6
Depósito Legal: M-14193-2015
Impreso en España

Imprime: CIMAPRESS

ÍNDICE

Nota preliminar	5
VÍCTOR ANDRESCO: <i>Ni tiburón ni sardina: Isidoro Montemayor frente al mercado de la novela histórica</i>	7
IOANNIS ANTZUS RAMOS: <i>La cuestión de la verdad en Las miradas perdidas, de Fina García Marruz</i>	13
LINDA BASEGGIO: <i>Las de abajo: variaciones del personaje femenino en la narrativa del primer Mariano Azuela</i>	21
GIORGOS BIKOS: <i>A sociological reading of Alberto Manguel's History of Reading</i>	29
RICCARDO CAMPA: <i>Octavio Paz: la virtualidad</i>	35
MARIA CHORIANOPOULOU: <i>George Santayana's Ethical Naturalism</i>	45
SALIHA SENIZ COŞKUN ADIGÜZEL: <i>A psychoanalytic feminist reading of "The Red Stockings" by Emilia Pardo Bazán</i>	53
CLAUDIA COSTANZO DALATSI: <i>Alegorías de la ausencia en Guimarães Rosa</i>	61
DIMITRIOS DROSOS: <i>La dictadura de Pinochet a través de ediciones griegas de la época</i>	67
D. D. - C. M. - D. M. : <i>María Elena Rodríguez Ozán y los estudios latinoamericanos</i>	75
DIMITRIS FILIPPÍS: <i>"La sonrisa de la Falange y las lágrimas de la Reina": cultura y arte acerca del auxilio social en España y Grecia</i>	77
LEMEN GÜRLEK: <i>La evolución de la mujer en el teatro español del siglo XIX</i>	87
MARÍA JESÚS HORTA SANZ: <i>La conquista de México en el Guatimozín de Gertrudis Gómez de Avellaneda</i>	93
MEHMET ILGÜREL: <i>Análisis del cuento "el Aleph" de Jorge Luis Borges desde la perspectiva del imaginario simbólico</i>	107
ILINCA ILIAN ȚĂRANU: <i>El utópico estado de los artistas y las ambivalencias de Cortázar</i>	115
ASSIMINA KANIARI: <i>Painting National Identity: El Greco, "Greek Art History" and Temporary Exhibitions</i>	125
VICTORIA KRITIKOU: <i>La proyección de los personajes infantiles en "Retirada" de Carmen Martín Gaité y "Los metales" de Onelio Jorge Cardoso: aproximación histórico-cultural</i>	131

ADRIANA LAMOSO: <i>Tradiciones electivas de Ezequiel Martínez Estrada: un recorrido por el pensamiento sarmientino</i>	137
ANGELIKÍ LARDA: <i>Estudio sicoanalítico de los cuentos “El árbol de oro” y “Rafael” de Ana María Matute</i>	149
VIRGINIA LÓPEZ RECIO: <i>Antonio Machado en Grecia. Una recepción pausada, pero firme y duradera</i>	155
ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ: <i>Esbozo histórico de la presencia de Corfú en la literatura española (siglos XIII-XIX)</i>	165
SEYNEP ONAL: <i>Las claves de la nueva novela hispanoamericana en el siglo XX</i>	185
ŞENYILDIZ ÖZLEM: <i>Un esteta en Córdoba en el siglo IX: Ziryab</i>	193
KIRIAKÍ PALAPANIDI: <i>El contexto de aprendizaje como factor regulador de la transferencia léxica</i>	201
EFHIMÍA PANDÍS PAVLAKIS: <i>Realidad e imaginación en los cuentos de Carmen Martín Gaité: el caso de “La mujer de cera”</i>	209
ANTHÍ PAPAGEORGÍU: <i>Reflexiones sobre aspectos del lenguaje del cuento “Luvina” de Juan Rulfo. Una perspectiva traductológica</i>	217
MARÍA ELENA RODRÍGUEZ OZÁN: <i>Leopoldo Zea y los estudios latinoamericanos</i>	223
ANNA ROSENBERG: <i>Historia y memoria en la obra de Ildefonso Manuel Gil</i>	227
WILLIAM SHERZER, <i>La aproximación novelística reciente a la Guerra Civil española</i>	235
MARTA ELENA SILVA PERTUZ: <i>Tres perlas interdisciplinarias de la literatura en el Caribe Colombiano: José Francisco Socarrás, Orlando Fals Borda y Manuel Zapata Olivella</i>	243
AGLAIA SPATHI: <i>La noción del espacio en la cuentística de Inés Arredondo: “El membrillo” y “El apunte gótico”</i>	261
HARALAMBOS SYMEONIDIS: <i>The development of kinship terms as an indicator of the Romanization of the Guaranitic area</i>	269
MARÍA TSOKOU: <i>La posición de la mujer en Simientes de Concha Espina: acercamiento ideológico</i>	287
ANTONIO VARELAS: <i>La ELAO en la clase de ELE. Propuestas para trabajar con material suplementario</i>	295
LILIANA WEINBERG: <i>Gabriel García Márquez. Un homenaje</i>	305
EBRU YENER GOKSENLI: <i>Enseñar ELE usando las redes sociales y los blogs</i>	309
ANDONIOS N. ZAHAREAS: <i>El Judas de Borges (Cómo se desmantelan sistemas)</i>	315

Nota preliminar

A los dos primeros tomos de *Estudios y homenajes hispanoamericanos* que ya han visto la luz en 2012 y 2014, respectivamente, agregamos ahora este tercero que al igual que los anteriores incluye estudios e investigaciones de una amplia y variada temática. Cabe señalar que la mayoría de los ensayos que se incluyen se habían presentado originalmente en el I Congreso Internacional sobre Iberoamérica titulado “Estudios Iberoamericanos: El texto y su contexto” que fue organizado en 2014 por el Departamento de Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas en colaboración con el Instituto Cervantes de Atenas y la Embajada de México.

Entre todas las áreas temáticas presentadas la que la mayor parte ocupa son los estudios literarios sobre autores hispanoamericanos como Gabriel García Márquez, Jorge Luis Borges, Mariano Azuela, Octavio Paz, Onelio Jorge Cardoso, Inés Arredondo, Julio Cortázar y, en menor medida, sobre autores españoles como Ana María Matute y Carmen Martín Gaité, entre otros. Ocupan también una parte importante las obras que se dedican a temas histórico-culturales. Dentro de este campo se inscriben, asimismo, cuatro estudios que enfocan las conexiones histórico-culturales entre el mundo hispanohablante y Grecia, como por ejemplo el “Esbozo histórico de la presencia de Corfú en la literatura española” (Martínez Díez). Por último, se incluyen cinco estudios relacionados con la lingüística, la didáctica del español y la traducción entre los cuales se encuentran “The development of kinship terms as an indicator of the Romanization of the Guaranitic area” (Symeonidis) y “Reflexiones sobre aspectos del lenguaje del cuento ‘Luvina’ de Juan Rulfo. Una perspectiva traductológica” (Papageorgíou).

Con la edición de este tomo pretendemos seguir avanzando por el camino que iniciamos en 2012 a fin de contribuir a los estudios hispánicos y su difusión en Grecia y ampliar nuestra aportación a los investigadores y estudiosos. Finalmente, queremos expresar nuestro agradecimiento al Consejo de Investigación de la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas por su ayuda económica y dar nuestras más sinceras gracias al Prof. Dr. Alfonso Martínez Díez por su colaboración y continuo apoyo.

Los editores

LA CONQUISTA DE MÉXICO EN EL *GUATIMOZÍN* DE GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA¹

MARÍA JESÚS HORTA SANZ
Universidad de Estambul

La obra literaria de Gertrudis Gómez de Avellaneda debe enmarcarse dentro de la corriente romántica española, con determinadas influencias europeas, sobre todo francesas y británicas, algo bastante habitual entre los escritores hispanos de esa época. La novela histórica fue uno de los subgéneros literarios acuñados en el Romanticismo, uno de los más cultivados por todos los escritores y más populares entre el público. Su aparición fue consecuencia de un debate muy antiguo que planteaba las relaciones entre ficción e historia y que analizaba la legitimidad de la primera para llegar a comprender mejor la realidad (Fernández Prieto, 1998: 75). Pero los románticos eran personas angustiadas que habían perdido su lugar en el mundo: la realidad existente ya no les servía y sentían la necesidad de transformarla o morir en el intento (Ferrerías, 1976: 26). Este dramatismo vital quedó cumplidamente reflejado en sus obras, convirtiendo la literatura producida en ese período en un conjunto de arrebatos sentimentales con finales trágicos y violentos. Muchos escritores románticos decidieron buscar en el pasado elementos que les sirvieran de apoyo para transformar o rechazar ese mundo hostil que les rodeaba. Y así fue como se fue creando un nuevo tipo de narrativa con apoyatura histórica, en tanto que respuesta artística a una serie de circunstancias políticas, sociales y culturales muy concretas (Fernández Prieto, 1998: 77).

En general, la fidelidad de estas obras a la Historia no era rigurosa, pues a menudo los autores se limitaban a documentarse de forma superficial o se concentraban en aspectos muy secundarios (paisaje, ropa, costumbres, arquitectura...). No obstante, las novelas históricas tuvieron el acierto de imaginar la vida privada, los sentimientos y anhelos de los personajes públicos que introducían en sus páginas, asimilándolos a los contemporáneos. Eso sirvió para acostumar al público a verlos, además de como individuos míticos, también como seres humanos con

¹ Este trabajo ha sido realizado con el apoyo del Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de Estambul, Turquía (UDP-41501).

los que podían llegar a identificarse. El recurso ayudó a establecer la conexión pasado-presente y proporcionó a los escritores unos márgenes amplios para la ficción (Fernández Prieto, 1998: 79 y 83).

Su eclosión colaboró a aumentar el interés por la nueva visión de la Historia como disciplina científica que debía ocuparse del pasado de la nación en tanto que memoria de la comunidad. De ahí que las novelas históricas acabaran poniéndose al servicio (consciente o inconscientemente) de los nacientes nacionalismos. Muchas de las novelas históricas europeas volvieron sus ojos a la Edad Media por ser el momento en que la uniformidad del mundo clásico antiguo se había resquebrajado, provocando la aparición de diferentes países que forjarían las distintas naciones europeas. Pero tendieron a elegir momentos de crisis, de desórdenes políticos o sociales, para favorecer las comparaciones con el presente (Fernández Prieto, 1998: 91).

Toda esta visión romántica de la Historia traspasó pronto los límites europeos y llegó a las antiguas colonias españolas en América, recién constituidas en países independientes. Los ideales de libertad que propugnaba la corriente se correspondían con el espíritu que había hecho posible las independencias y la retórica trágica de los héroes románticos encajaba perfectamente con la imagen de unos indios convulsionados con la llegada de los conquistadores españoles. Por otra parte, los nacionalismos hispanoamericanos necesitaban la colaboración de los intelectuales para formar y extender entre la población el nuevo imaginario nacional, y los escritores asumieron muy pronto su papel en el proceso. En este sentido, las primeras novelas históricas hispanoamericanas favorecieron el establecimiento de los nuevos símbolos de las naciones recién instituidas, promoviendo una serie de momentos fundacionales y héroes de la comunidad. Lo interesante tal vez es que, mientras que en Europa en general y en España en particular la mayoría de los autores siguieron durante mucho tiempo las premisas establecidas por el creador de la novela histórica romántica, Walter Scott, limitándose a componer unos universos históricos verosímiles que contenían unos personajes mayormente ficticios, casi todos los escritores hispanoamericanos se decantaron desde el principio por un tipo de novela histórica diferente: la protagonizada por personajes reales.

El modelo fue, posiblemente, la obra de Alfred de Vigny titulada *Cinq-Mars* (1826) que rechazaba el esquema británico en boga hasta entonces y postulaba la creación de unas novelas históricas originales de cada país, que no se limitaran a imitar modelos extranjeros y que introdujeran hechos y protagonistas conocidos por el público, dejando lo ficticio en un segundo plano (Márquez, 1991: 34). La elección tuvo una importante consecuencia: el carácter novelesco de las obras disminuyó en favor de la narración de unos acontecimientos conocidos donde los límites para la ficción eran muy cortos (Ferrerías, 1976: 30-31) y difíciles de captar por aquel que no fuera un buen conocedor de la historia patria (Márquez, 1991: 36). Lo novelesco radicaba entonces en la forma en que se construía el relato, en los personajes secundarios, en el estilo (Márquez, 1991: 36) y, sobre todo, en la interpretación que el autor daba de ese pasaje histórico concreto.

El número de personajes reales elegidos fue, no obstante, bastante limitado y a menudo se trataron facetas desconocidas de sus vidas, lo que por supuesto ayudaba

a la creación (Grillo, 2010: 20-21). Otras veces, los autores dotaron a sus protagonistas de unas características tan idealizadas que resultaba evidente que, más que referirse a personajes reales, estaban dibujando arquetipos (Ferrerías, 1976: 138), ejemplos para la comunidad. El momento histórico elegido fue asimismo uno de los elementos cruciales en estas obras. Recordemos que en las novelas históricas españolas el tema americano era poco común, lo cual no deja de resultar sorprendente si tenemos en cuenta la importancia que la historiografía decimonónica española concedía al descubrimiento y conquista de América. Sin embargo, los escritores hispanoamericanos del XIX tuvieron muy claro desde el principio que la única forma de explicar la creación de sus naciones y su diferencia con España era acudir precisamente a esos dos momentos históricos. Ellos no podían, evidentemente, remontarse a la Edad Media peninsular como pasado común ya que, aunque culturalmente la sintieran como suya, no formaba parte de la Historia oficial de unos países creados tras las independencias. Pero tampoco se sentían inclinados a reivindicar totalmente a las poblaciones indígenas y la historia precolombina, tal vez porque esa reivindicación hubiera supuesto desposeerse a sí mismos de la legitimidad necesaria para gobernar los nuevos países, ya que tanto los políticos como los intelectuales de los nuevos estados eran en su mayoría parte de la elite criolla (Grillo, 2010: 35 y 59-60).

Pero los criollos, en tanto que herederos de la cultura española y occidental, tampoco podían condenar de forma absoluta la conquista del Nuevo Mundo. Las guerras de independencia habían sido unas sublevaciones contra la metrópoli; sin embargo, eso no les había llevado a olvidar el ámbito cultural al que pertenecían. Por ese motivo las obras condenaban claramente el período de administración colonial, pero tendían a situarse en una postura ambigua en lo relativo a la llegada de los españoles a América: algo intermedio entre la alabanza por la empresa realizada y la crítica a la forma violenta en que se hizo.

Las novelas históricas producidas por este primer nacionalismo criollo instituyeron el descubrimiento de América o la conquista de una determinada zona como los momentos fundacionales de las nuevas identidades nacionales. Las que se decantaron por el primer episodio fueron, por regla general, escritas por autores de países donde los indios habían desaparecido o donde su número era escaso y su cultura poco significativa (como, por ejemplo, Argentina); las que decidieron escoger la conquista fueron creadas por autores de países con civilizaciones precolombinas destacadas y donde el elemento nativo seguía constituyendo un porcentaje destacado de la población (como México) (Grillo, 2010: 66-75). En estas últimas emergió una especie de nostalgia por un pasado perdido mitificado, representado por los indios (unos indios que no habían desaparecido y que eran, por tanto, testimonios vivos de esa época), que se mezcló con las teorías propias del momento acerca del "buen salvaje", también presentes en otras novelas históricas producidas en Europa (como *Atala* de Chateaubriand, publicada en 1801) (Grillo, 2010: 75).

En las primeras novelas históricas de Hispanoamérica que trataban el tema de la conquista muchos de los protagonistas eran indios; sin embargo, a pesar de las

apariencias, estaban narradas desde una óptica eurocéntrica. Los autores reconocían en ellas el valor y la resistencia de los indígenas frente a los españoles como algo positivo pero, incluso los más progresistas, insistían en la “necesidad” de la conquista como forma de acceder a “la civilización” y superar el paganismo. Eso no significa que no criticaran los abusos, injusticias y violencias que esa conquista había supuesto, pero los interpretaron como una consecuencia de la decadencia que se vivía entonces en España (la antigua madre-patria feudal e inquisitorial vista con los ojos de los liberales del siglo XIX) (Grillo, 2010: 60-62). Incluso en los momentos en que parecen ensalzar el elemento nativo por encima de las raíces españolas (como ocurre en novelas como la anónima *Jicotencal*, publicada en Filadelfia en 1826, o en *Los mártires del Anáhuac*, de Eligio Ancona, aparecida en 1870), el escritor estaba ofreciendo en realidad una interpretación “a la europea” de los hechos, utilizando a los indios para atacar una situación sin dejar de legitimar por eso la hegemonía criolla. Con todo, la mala conciencia de antiguos colonizadores sirvió para relativizar un tanto el maniqueísmo habitual en este tipo de obras y por eso los personajes no fueron dibujados con rasgos totalmente positivos o negativos (Grillo, 2010: 63-65).

En estas novelas los héroes indígenas fueron encumbrados en tanto que modelos a seguir, no sólo en sus actitudes familiares y guerreras sino muchas veces también en las políticas; pero, al mismo tiempo, se les tachó de supersticiosos y violentos, tanto o más que a los españoles. Por otro lado, los conquistadores no encarnaban el Mal por antonomasia (papel que la Leyenda Negra les había atribuido) sino que eran vistos sobre todo como el desencadenante involuntario del destino trágico pero inevitable de los indios. Las alabanzas a los vencidos indígenas no pueden ser consideradas todavía como una muestra de indigenismo, sino más bien como una manera de hacer hincapié en el origen mestizo de las nuevas naciones (Grillo, 2010: 75-76). También una forma de poner en duda la historiografía española al uso en esos momentos (que tendía a exaltar únicamente a los conquistadores) y de dejar en entredicho la objetividad de las crónicas escritas durante la conquista (Grillo, 2010: 102-103). Además, propiciaba el establecimiento de una relación de continuidad entre el supuesto republicanismo indígena original y la política a seguir por las recientes naciones (Bobadilla, 2007: 6; Grillo, 2010: 103).

Una de las figuras indígenas más utilizada por los escritores de la época será el general tlaxcalteca Xicotécatl *el Joven*. Su historia era ampliamente conocida, pero ahora va a ser utilizado como modelo de héroe liberal que, consecuente con sus ideas, acabará teniendo un terrible final. Xicotécatl representaba al héroe perfecto que era capaz de vislumbrar su futuro y aceptarlo sin vacilar. De ahí que se constituya en el mejor modelo a seguir por los criollos defensores del liberalismo, al más puro estilo revolucionario y en la senda de los antiguos próceres de la República romana. La resistencia de Xicotécatl a colaborar con los invasores se convierte a menudo en una alabanza al régimen parlamentario, donde son posibles la libertad, la igualdad y la justicia. Y, en este sentido, el personaje no es tanto una glorificación del elemento indio como del liberalismo que había propiciado las guerras de independencia frente al absolutismo español de Fernando VII, pero

también una crítica a algunos gobiernos hispanoamericanos del momento de ideología fuertemente conservadora (Fernández, 2004: 70).

Este personaje era enfrentado habitualmente a Hernán Cortés, suscitando sentimientos de simpatía hacia el indio que no siempre implicaban una crítica total hacia la actuación del español. También se comparaba su actitud con la de su padre, Xicotécatl *el Viejo*, y con la del emperador Moctezuma, a quienes se describe como indios supersticiosos y fatalistas, cuando no adornados de rasgos fuertemente negativos (Grillo, 2010: 226). Ambos, pero muy especialmente el segundo, son vistos como los representantes de una política obsoleta (por haber permitido la pérdida de los valores republicanos originales el tlaxcalteca; por haber impuesto una tiranía total el azteca) que debe desaparecer, independientemente de que los que la desarrollan sean nativos o recién llegados. Esto viene a subrayar el hecho de que las primeras novelas históricas hispanoamericanas son, sobre todo, monumentos al liberalismo político, más que alabanzas indigenistas.

Esta versión intermedia de los escritores hispanoamericanos, que ponía en duda la bondad pura de los indígenas y la maldad total de los conquistadores españoles, va a ser la que Avellaneda elija a la hora de plantearse su interpretación de la conquista de México. Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Cuba en 1814, hija de una criolla de la isla y de un marino español que murió cuando ella tenía sólo nueve años. En 1836 viajó con su familia a España, estableciéndose todos poco después en Sevilla. Allí Avellaneda contactó con editores de periódicos e intelectuales importantes, empezó a publicar algunos de sus poemas y llegó a estrenar una obra de teatro (el drama *Leoncia*), obteniendo un éxito considerable de público y crítica. En 1840 se trasladó con su hermano a Madrid con la idea de ampliar su alcance como escritora (Aínsa, 1978: 961). Seis años después publicó su primera novela histórica: *Guatimozín, el último emperador de México*. La obra vio la luz por entregas en el periódico *Heraldo* (entre el 21 de febrero y el 25 de abril de 1846), pero a finales del mismo año fue recogida de forma independiente en cuatro pequeños volúmenes (Aínsa, 1978: 964 y 966).

El *Guatimozín* pretendía ser una interpretación de la conquista mexicana por los españoles así como de la vida y personalidad de su protagonista, el último emperador azteca. La autora realizó una importante labor de investigación para escribir la novela (Fernández, 2004: 72), siguiendo con especial atención muchos de los acontecimientos relatados por Bernal Díaz del Castillo², pero acudiendo también a las propias *Cartas de Relación* de Cortés y a casi todos los historiadores, tanto de esa época como posteriores, que se ocuparon del tema. El orden del relato sigue con precisión lo recogido por las crónicas en una narración que podría ser clasificada de “historia novelada”; sin embargo, si atendemos a los detalles, podemos ver que la novela está en realidad ofreciendo una versión de lo ocurrido, que

² Su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* fue publicada por primera vez en 1632, aunque había circulado de forma manuscrita desde que su autor la dio por terminada en 1575.

no es ni más ni menos que la interpretación de los hechos propia de Avellaneda (Fernández, 2004: 73). Por otro lado, la obra no carece de elementos de ficción.

Lo interesante es que la novela se acerca más a las corrientes ideológicas propias de los países independizados, que a la versión imperante en la Península, el lugar donde Avellaneda escribió y publicó la obra. ¿A qué fue debida esta diferencia? No sabemos si la autora había leído alguna de las novelas publicadas en América sobre el mismo tema, por lo que no queda claro si recibió alguna influencia de ellas. No obstante, podríamos pensar que, en tanto que cubana de origen criollo, sus sentimientos la aproximaban más a la corriente imperante en los distintos países hispanoamericanos, a pesar de ser Cuba todavía parte de España. Por otra parte, no era la primera vez que la autora mostraba su disensión con la ideología oficial de la Península ni que trataba temas más propios de los territorios americanos (como en su novela *Sab*, publicada en Madrid en 1841)³. Pero probablemente el verdadero motivo fue simplemente su independencia de criterio, que la llevó a reinterpretar todas las fuentes conocidas sin sentirse obligada a seguir el camino marcado previamente por los intelectuales españoles.

Tal vez por eso su novela, aunque fue lo suficientemente leída como para llegar a ser publicada en forma de libro tras una primera aparición por entregas, no parece que tuviera una acogida relevante entre la crítica española. Por esa razón, la misma autora decidió descartar su *Guatimozín* al comenzar a preparar en 1869 la publicación de sus obras completas⁴: la novela no sólo no encajaba con el discurso habitual en España acerca de la conquista de México sino que el fuerte conservadurismo político imperante en esos momentos podía llevar a apreciar sus opiniones de una manera muy negativa. Para poder ajustarse al imaginario predominante en la España del momento Avellaneda debería haber realizado cambios sustanciales. En lugar de eso, prefirió excluirla de la recopilación (González de Garay, 2007: 87-88).

En el México independiente, por el contrario, el *Guatimozín* apareció en 1853 y fue reimpresso en 1887, lo que da a entender que la novela fue bien acogida en el país. Esto implica que sus planteamientos no debían estar muy alejados de las líneas generales marcadas por los intelectuales mexicanos al tratar el tema de la conquista. Por supuesto seguramente hubo disensiones a la hora de entender determinados episodios o personajes; pero, en general, el tratamiento de Avellaneda encajaba perfectamente con el nuevo imaginario creado por el nacionalismo mexicano de la época. No fue hasta la Revolución mexicana, cuando las novelas históricas de México comenzaron a cambiar la óptica con que se había visto hasta entonces la conquista del país, cuando el *Guatimozín* empezó a quedar relegada al no encajar ya con el nuevo imaginario oficial, comenzando a ser vista como una novela “española” (González de Garay, 2007: 88-89).

³ Esta primera edición de *Sab* fue retirada de la venta por orden gubernativa debido a las ideas abolicionistas que incluía (Ferrerías, 1976: 148).

⁴ La edición de las obras completas de Avellaneda fue preparada por la propia escritora. Se realizó en Madrid entre 1869 y 1871 por parte de los editores sucesores de Rivadeneyra y salió a la luz con el título de *Obras literarias, dramáticas y poéticas*.

En la visión general de Avellaneda no hay una condena total de los españoles, pero ninguno de los dos bandos queda tampoco libre de culpas. En realidad, su novela parece más una utopía romántica, ya que nos habla de unos hechos terribles pero imposibles de alterar, que ella convierte en una especie de advertencia para el futuro: todas las guerras, todas las conquistas traen la destrucción y la penuria a quienes las viven, pero oponerse a la violencia con la violencia tampoco es la solución (Ferrerías, 1976: 149). En su relato, los personajes indígenas quedan abandonados a un destino cruel en un mundo trastocado por los conquistadores, en el mejor estilo de los héroes desesperados del romanticismo europeo, y por eso ninguno de ellos logrará sobrevivir. No obstante, de la misma manera que condena la violencia innecesaria y brutal de los españoles (como en la masacre de Cholula (p. 3)⁵ o en la ocurrida en la explanada del Templo Mayor de la capital (p. 159-162)), sus actos desalmados para con la población indefensa y el traspaso a América de algunos ritos deleznable de la Península (como la muerte en la hoguera (pp. 80-82 y cap. XI)), critica también los sacrificios humanos de los aztecas, la superstición y la tiranía reinantes en el Imperio, la “colaboración” de muchos señores mexicanos con los conquistadores a cambio de venganza o prebendas...

Algunos de los personajes y episodios supuestamente históricos son en realidad inventados (Fernández, 2004: 73), como la mayoría de los personajes femeninos (de los que casi nada sabemos en realidad) o la historia amorosa entre Tecuixpa, una de las hijas de Moctezuma, y el conquistador español Velázquez de León que sirve de aderezo sentimental a la narración. Como muchos otros escritores hispanoamericanos, Avellaneda transforma a Moctezuma en un tirano absolutista, cuyo estilo de gobierno provocó el descontento entre muchos príncipes y les llevó a apoyar la conquista española. Pero ni siquiera este emperador, una figura generalmente negativa, es visto de una forma lineal: es un déspota autoritario, soberbio y ambicioso, pero también un gran guerrero y conquistador, justo a su manera, sabio, virtuoso y amado por el pueblo (pp. 5-6 y p. 14). Las descripciones de su corte muestran una civilización culturalmente avanzada y rica, con una capital de calles rectas, bien organizada, donde abunda el comercio (p. 10 y 22-23). El protocolo imperial es estricto (pp. 9-10, 21, 27) y el boato propio del mejor rey de Occidente (p. 11, 21-22. 26-30). Pero a menudo hay datos que parecen sacados de las novelas históricas medievalistas europeas: habla, por ejemplo, de los juglares que entretienen al monarca (pp. 26-30) o de una especie de justas públicas donde los nobles aztecas lucen sus habilidades con las armas ante sus damas (cap. IV) (Fernández, 2007: 73). Con todo, las descripciones de personajes y ambientes contienen un exotismo sencillo, mediante el cual la autora pretendía revivir a su manera la cultura mexicana del XVI.

Por lo que se refiere a los personajes indígenas, además de Moctezuma, contamos con retratos bastante detallados de los principales príncipes mexicanos.

⁵ Todas las citas del texto están tomadas de la siguiente edición de la novela: <http://onliditorial.com/archivos/guatimozingomez.pdf> (consulta, 24.01.2014).

Quetlahuaca, hermano de Moctezuma y señor de Iztacpalapa, fue el siguiente monarca tras la muerte del emperador (*vid.* su descripción en la p. 10). En un primer momento parece mostrarse tendente a la negociación; pero, al producirse el encarcelamiento del emperador y ver que los españoles no cumplen las promesas dadas, se transformará en un soberano decidido a defender a su patria y a su pueblo de los conquistadores (pp. 68, p. 95, 162-162 y cap. VII). Sólo su temprana muerte, debida a la viruela traída desde Europa, evitará que lo consiga (pp. 236-240).

Otro señor principal es Cacumatzin (p. 10), sobrino de los anteriores y gobernante de Tezcoco. Este señorío era, junto con el de Tlacopan, una de las dos zonas aliadas política y militarmente con los aztecas y las que durante mayor tiempo resistieron al poderío español. Cacumatzin es, además, uno de los tres protagonistas de la trama romántica de la novela: su desafortunada historia de amor no correspondido con la princesa Tecuixpa le convierte también en un amante desesperado. Poco tendente a la diplomacia y decidido a encarar el problema de los recién llegados desde un punto de vista militar (pp. 15-16), Cacumatzin encarna al guerrero por antonomasia y amante con un final trágico.

Xicoténcatl, el héroe indígena de otras novelas de tema mexicano, no tiene en la de Avellaneda un papel decisivo. De nuevo lo vemos como un guerrero capaz y recto, a quien ni sus compatriotas tlaxcaltecas ni los conquistadores conseguirán convencer para que luche con ellos. Pero su aparición en el relato, aun siendo muy efectista, es limitada.

No obstante, el personaje indígena más importante es, sin ninguna duda, Cuauhtémoc, el “Guatimozín” del título. Aunque en los primeros capítulos su figura no parece relevante para lo que se está contando, Guatimozín acaba apoderándose de la narración y llena con su presencia toda la obra. Pues mientras que en las primeras páginas podemos ver su faceta más humana como amante esposo y padre, atento miembro de la familia imperial (por estar casado con la hija mayor de Moctezuma) y fiel amigo de sus amigos, en las partes finales de la novela su papel pasa sobre todo al plano público al ser elevado al puesto de monarca azteca y dirigir la resistencia. Guatimozín es presentado como un guerrero muy joven pero valiente, capacitado y justo, alguien que pondrá siempre los intereses de su pueblo por encima de los personales. Su descripción física parece encajar más con la de los europeos que con los rasgos indios (p. 10); pero no es una invención total de la autora sino que está sacada en parte de la crónica de Bernal Díaz del Castillo.⁶

La figura del último emperador azteca Cuauhtémoc ha sido una de las más enaltecidas por parte del nacionalismo mexicano que se fue formando sobre todo durante el último tercio del siglo XIX, pero muy especialmente a partir de la Revolución mexicana (1910-1940), y que pretendió incorporar a la comunidad nacional, al menos de forma nominal, a las grandes masas de población indígena que, hasta entonces, habían permanecido marginadas. Para ello necesitaban de héroes

⁶ La descripción puede verse en el capítulo LIX (en línea, http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/bernal/59.html (consulta, 17.02.2014)).

nuevos que encarnaran de una forma clara el espíritu de los pueblos precolombinos y que atrajeran con su aura a los indígenas sobrevivientes. Y que, al mismo tiempo, fueran aceptables para el elemento criollo, al poderse identificar de alguna manera con la lucha frente a la opresión española. Nadie mejor para hacerlo que el líder de los resistentes mexicanos a la conquista.

Sin embargo, cuando Avellaneda escribió su novela no era usual ver aparecer a Cuauhtémoc como personaje principal. Sólo dos obras previas habían elegido al mismo protagonista: el drama *Guatimozín* (1827), una tragedia en tres actos del colombiano José Fernández Madrid⁷; y el largo poema *La profecía de Guatimoc* (1839), del mexicano Ignacio Rodríguez Galván⁸. Ésta es una de las diferencias más importantes entre esta obra y las novelas históricas hispanoamericanas escritas hasta entonces y es otra de sus características más interesantes, ya que, gracias a ella, se distancia en parte de la corriente seguida en esos momentos en la literatura mexicana. ¿Cuál fue el motivo de esa elección?

Cabe la posibilidad de que Avellaneda no tomara como protagonista a personajes más habituales, como el tlaxcalteca Xicoténcatl, simplemente para distanciarse un tanto de lo escrito hasta ese momento. También porque probablemente le interesaba más incidir en el elemento literario-romántico que en el político. Pero podía haber creado un personaje totalmente ficticio basándose en sus investigaciones. Sin embargo, en su lugar, decidió centrar la novela en la persona del último monarca azteca. En mi opinión, la razón fundamental fue que Cuauhtémoc le facilitaba la visión que pretendía mostrar de la conquista. No obstante, no creo que lo hiciera como abanderada del indigenismo, puesto que esa ideología no era habitual aún, ni siquiera en México. Más bien le importaba dar voz a los oprimidos, independientemente de si éstos pertenecían a una raza, un pueblo, un país u otro (uno de los rasgos propios del Romanticismo que a menudo suele olvidarse). Cuauhtémoc era el joven rey guerrero que intentó defender a su pueblo a la desesperada y sin descanso, a pesar de ser consciente de lo inútil de sus esfuerzos y en contra de muchos otros príncipes que se aliaron con los españoles en cuanto vieron que esta amistad podría reportarles beneficios de algún tipo. Su final, prisionero primero, torturado después y ajusticiado luego sin pruebas tras ser acusado de querer promover una rebelión, constituía una historia lo suficientemente deplorable como para encarnar de manera perfecta el destino irremediamente romántico del pueblo mexicano que, ni siquiera oponiéndose al invasor, podría haber logrado

⁷ Al respecto véase Delgado García, Gregorio (1995) “El médico José Fernández Madrid, prócer de la independencia colombiana y su solidaridad con Cuba”, en *Cuaderno de Historia*, n° 80, Instituto de Historia de Cuba (en línea: http://bvs.sld.cu/revistas/his/vol_1_95/his11195.htm (consulta, 12.01.2014)).

⁸ Ignacio Rodríguez Galván fue uno de los escritores románticos más importantes del México independiente. Mostró una temprana conciencia política y colaboró muy activamente en la articulación de las nuevas representaciones para la nación recién creada. Su *Profecía de Guatimoc* fue escrita entre el 16 y el 27 de septiembre de 1839. La obra consta de 458 versos y en ella plantea un largo monólogo del emperador muerto mediante el que pretende recuperar la memoria histórica de los mexicanos pero legitimando al mismo tiempo la política del elemento criollo en el poder [Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco (2007) “La profecía de Guatimoc, de Ignacio Rodríguez Galván, o la legitimación poética del nacionalismo criollo”, en *Decimonónica*, vol. 4, n° 1 (Invierno 2007), pp. 1-11].

salir victorioso. Ése es el motivo de que su héroe fuera un hombre desesperado que lucha por rehacer su mundo, que se cae a pedazos, a pesar de saber que nunca podrá llevar su misión a buen término.

En cuanto a los personajes españoles, el Hernán Cortés de Avellaneda es un personaje poco al uso en la España de aquel entonces porque su imagen es positiva y negativa a un mismo tiempo. Cortés se había transformado en la Península en un héroe galán renacentista, un guerrero audaz con dotes para la política. Esta imagen quedó fijada muy pronto y se perpetuó durante siglos. Sin embargo, el Cortés de Avellaneda está más en consonancia con la figura que aparece en la mayoría de las obras hispanoamericanas del XIX. En primer lugar no es el protagonista de la obra, pero sí el desencadenante de los hechos, necesario para que Guatimozín brille en su desesperada tarea. Por un lado se alaba su empresa, su físico y su personalidad (pp. 2-3), llegando al extremo de presentarle como una de las grandes figuras de la Historia universal que (semejante a un Napoleón) logró elevar a su nación a momentos gloriosos (p. 322). Además, se lamenta la suerte que tuvo al final de su vida, por culpa de la envidia de sus compatriotas (p. 323), envidia que fue asimismo la causa de la competencia con Diego de Velázquez (p. 1) y con Pánfilo de Narváez (pp. 152-154) y que conllevó incluso un intento de asesinato organizado por su propia tropa (p. 322-327). Pero, por otro, se le acusa de ejercer una política del terror, de ser un fanático religioso y de actuar por pura codicia, como los bandidos (Aínsa, 1978: 969). No le importa diezmar a los indios y a los suyos con tal de alcanzar la empresa deseada, pero no es inmune a la compasión y por eso intentará detener la sangría de todas las maneras posibles (siempre y cuando el resultado sea conforme a sus intereses) (p. 381). Aunque la tortura del emperador y sus más cercanos señores para hacerles confesar dónde han escondido sus riquezas parezca orden suya, él mismo correrá a detenerla cuando vea que no obtendrá ningún resultado (p. 398).

La visión de Alvarado es enormemente negativa, mientras que Velázquez de León recibe un trato favorable en tanto que soldado cristiano sereno y justo que intenta establecer un puente con los mexicas. El personaje no parece estar muy de acuerdo con algunas de las acciones de los suyos pero acata sus órdenes y morirá de forma heroica tras ser cercado mientras lucha para salvar a la familia de Moctezuma durante la Noche Triste (pp. 202-206).

Para finalizar, quizás uno de los puntos más extraños de la novela es el papel casi marginal (excepto en el Epílogo) que en ella tiene la famosa doña Marina, a pesar de la innegable importancia que tuvo en la conquista y de lo mucho que aparece en las crónicas, en contraste con el que desempeñan otras mujeres indígenas, de cuya personalidad histórica sabemos poco. No deberíamos olvidar que la novela, como muchas de esa época, estaba dirigida a un público mayoritariamente femenino (Bernabeu, 1999: 116). Ése debió ser el motivo fundamental por el que aparecen en la narración los supuestos amores entre Tecuixpa y Velázquez de

León (de cuya existencia real no hay ninguna prueba)⁹, pero también el que la llevó a dibujar con mayor libertad muchos otros personajes secundarios, sobre todo de mujeres indias, y episodios descriptivos que a menudo dan la sensación de estar recreando una ilustración de la época (Aínsa, 1978: 969-970). Son esos momentos y personajes los que transforman el libro en una verdadera novela que, sin ellos, se limitaría a ser una crónica novelada de la conquista vista desde la especial interpretación de Avellaneda (González de Garay, 2007: 90).

Doña Marina había sido ya objeto de especial interés para muchos novelistas hispanoamericanos, a pesar de que hasta el siglo XX no llegaría a ser protagonista de ninguna obra. A menudo se la consideró la “madre fundacional” de la nación mexicana; pero desde los primeros momentos tuvo también una faceta negativa, al ser vista, al igual que Moctezuma, como una traidora a los suyos (Grillo, 2010: 260-261). En la novela de Avellaneda se la llama siempre, como era habitual por entonces, doña Marina, en lugar de “la Malinche”, como forma de subrayar que su existencia previa a la llegada de los españoles y su conversión al catolicismo carecía de importancia (Grillo, 2010: 262). Al principio de la obra aparece en su papel de intérprete, pero la escritora da a entender que su función iba más allá de la mera traducción. No obstante, luego desaparece para no volver a salir hasta el Epílogo. Ahí es descrita como una señora indígena vestida a la occidental y hablando un castellano de pronunciación curiosa, pero claramente partidaria de los españoles y, sobre todo, amante y seguidora de Cortés, capaz de justificar todos sus actos por muy reprobables que sean (pp. 408-410).

Da la sensación de que Avellaneda no veía a la indígena doña Marina como una figura propicia para hablar de la conquista (¿por considerarla demasiado partidista, tal vez?) (González de Garay, 2007: 96), de ahí que prefiera centrarse más en dos de las hijas de Moctezuma, Tecuixpa y Gualcazinla (la esposa de Guatimozín), y las proponga como ejemplos respectivos de amante que se debate entre los dos mundos y esposa y madre fiel cuyas enormes pérdidas acabarán llevándola a la locura (un elemento eminentemente romántico y un final habitual en las obras de esa época).

En conclusión, la novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda interpreta la conquista de México llevada a cabo por los españoles en sintonía con las obras que se estaban produciendo en los países hispanoamericanos, no según la visión de la Península, pues en ella ni los indios ni los conquistadores son individuos totalmente buenos o malos. Sin embargo, al mismo tiempo, difiere de ellas al proponer un protagonista que no sirve para encarnar los ideales políticos liberales al uso, como solían hacer los escritores mexicanos que estaban ayudando a crear un nuevo imaginario colectivo nacional para el país. Su héroe es un personaje romántico por

⁹ Esta princesa, hija de Moctezuma, quedó, como el resto de sus hermanos, bajo “la protección” de Cortés a la muerte del emperador, siendo una de las que sobrevivió a la huida de la Noche Triste. Tras su bautismo se la conoció como doña Isabel de Moctezuma y, hacia 1526, recibió una donación de tierras por parte del conquistador. Doña Isabel fue una de las mujeres indígenas de Cortés (no sabemos si de grado o por la fuerza), con la que tendría una hija, doña Leonor Cortés y Moctezuma (Martínez Rodríguez, 1988: 64-65 y 92).

excelencia, sin futuro, cuyo mundo se ha visto destruido en poco tiempo y que de antemano sabe que, aunque luche por reconstruirlo, nunca volverá a revivir. Por último, la obra supone también un adelanto para la época al centrarse en la figura del último emperador mexicano, la cual sería tomada más tarde para recrear el moderno nacionalismo nacido a partir de la Revolución mexicana, aunque Avellaneda nunca pretendiera dotarle de ese sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando (1978). "El *Guatimozín* de Gertrudis Gómez de Avellaneda", en *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, vol. 2. 959-970.
- Alegría de la Colina, Margarita (2007) "Cuauhtémoc, un personaje relevante en la literatura mexicana del siglo XIX", en *Tema y variaciones en la Literatura*, Universidad Autónoma Metropolitana de México, nº 28 (enero-junio). 77-93.
- Bernabéu Albert, Salvador (1999) "La conquista después del Desastre. Guatimozín y Hernán Cortés. Diálogo (1899) de Francisco Pi y Margall", en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. 21 (1999), Universidad Nacional Autónoma de México. 107-144.
- Bobadilla Encinas, Gerardo Francisco (2007) "*La profecía de Guatimoc*, de Ignacio Rodríguez Galván, o la legitimación poética del nacionalismo criollo", en *Decimonónica*, vol. 4, nº 1 (invierno). 1-11.
- Brading, David (1995) "Patriotismo y nacionalismo en la historia de México", en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Universidad de Birmingham. 1-18.
- Fernández, Teodosio (2004) "La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México", en *América sin Nombre*, nº 5-6 (Diciembre 2004), Universidad de Alicante. 68-78.
- Fernández Prieto, Celia (1998) *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Pamplona: Eunsa-Ediciones de la Universidad de Navarra, 2ª ed., 2003.
- Ferreras, Juan Ignacio (1976) *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Gómez de Avellaneda, Gertrudis (1846) *Guatimozín, el último emperador de México: novela histórica*. Madrid: Imprenta de A. Espinosa, 4 vol.
- (1853) *Guatimotzín, el último emperador de México: novela histórica*. México: Imprenta de J.B. Navarro.
- González de Garay, Mª Teresa (2007) "Gertrudis Gómez de Avellaneda: un relato sobre Hernán Cortés", en *América sin Nombre*, nº 9-10 (Noviembre 2007), Universidad de Alicante. 84-97.
- Grillo, Rosa María (2004) "Tres novelas para la misma Historia: el encuentro entre Cortés y Xicotécatl", en *América sin Nombre*, nº 5-6 (Diciembre 2004), Universidad de Alicante. 104-114.
- (2010) *Escribir la Historia: Descubrimiento y Conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*. Alicante: Universidad de Alicante.

- Márquez, Alexis (1991) "Raíces de la novela histórica", en *Cuadernos Americanos*, nº 28, Año V, vol. 4 (Julio-Agosto 1991), Universidad Nacional Autónoma de México. 32-49.
- Martínez Rodríguez, José Luis (1988) *Moteczuhzoma y Cuauhtémoc. Los últimos emperadores aztecas*. Madrid: Ediciones Anaya.